



II

CONCURSO
LITERARIO
DON BOSCO

2012

Categoría A

Primer Ciclo de Educación Secundaria

1º PREMIO

TÍTULO: La fuerza de la amistad

AUTORA: María Villalta Vázquez

CURSO: 1º A

2º PREMIO:

TÍTULO: Todos somos iguales

AUTORA: Paula Suárez Macías

CURSO: 1º A

Categoría B

Segundo ciclo de Educación Secundaria

1º PREMIO:

TÍTULO: Cada día una historia

AUTORA: Inés Martínez Lorenzo

CURSO: 4º B

2º PREMIO:

TÍTULO: Sin ti

AUTORA: María Carracedo Añón

CURSO: 3º A

Categoría C

Bachillerato

1º PREMIO:

TÍTULO: Una sorpresa inesperada

AUTORA: Sofía Fernández Seijas

CURSO: 2º B

2º PREMIO:

TITULO: Y de repente el recuerdo

AUTORA: Ana Delgado Prada

CURSO: 2º A



Autora: María Villalta Vázquez

TÍTULO

“LA FUERZA DE LA AMISTAD”

En un bonito lugar del sudeste de África vivía una niña de 9 años llamada Naya, era alta y delgada, como casi todos los niños de este continente. A sus cinco años, iba a empezar el colegio en un bonito edificio construido por una ONG, pero justo el día anterior, un gran terremoto sacudió su país, arruinando su gran ambición.

La niña se disgustó mucho, y sus padres, muy preocupados por ella y por su futuro, hablaron con una chica que estaba ayudando en las labores de

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

limpieza por el terremoto. Se llamaba Sara, era española, y no tenía hijos, aunque ella los deseaba con todas sus fuerzas.

Los padres de Naya, para asegurar el futuro de su pequeña, le preguntaron si había alguna forma de que Naya se fuera a España para comenzar sus estudios. Sara les dijo que estaba dispuesta a llevársela a España, pero solo si Naya también lo estaba. Y así fue, pocos días después, Naya estaba en el aeropuerto despidiéndose de sus padres, con tristeza, pensando que a lo peor no los iba a volver a ver.

Llegó a España sabiendo un poco de español gracias a Sara que se lo enseñó durante el viaje. También descubrió que iban a vivir en La Coruña, una bonita ciudad de Galicia.

Al llegar a La Coruña, Naya se asustó mucho. Toda la gente era blanca, y había unas máquinas raras que echaban humo a la atmósfera. Pero su miedo desapareció cuando llegó a la casa de Sara donde se encontró una gran sorpresa...¡Un perrito de color azabache llamado Tor! Desde el mismo momento que lo vio supo que iba a ser, en su vida, muy especial.

Pero también pensó en el colegio, lo que se le venía encima... Tenía miedo, mucho; sabía por la experiencia de sus amigos que en los continentes de gente blanca a los negros se les repudiaba y estaban marginados en la sociedad, pero Naya era fuerte, y sabía que le hicieran lo que le hicieran iba a seguir hacia adelante.

Llegó el día, Naya empezaba el colegio. Estaba muy nerviosa y Sara también. Se levantó temprano, se puso su uniforme azul marino y se fue a desayunar. Tor la saludó con su habitual meneo de rabo y Sara con un beso. Naya cogió el bote de las galletas y se puso a desayunar.

Llegó la hora de irse al colegio. Tor les despidió en la puerta y Naya le dijo al oído sin que se diera cuenta Sara: “Te lo prometo, seré fuerte”.

Bajaron al garaje, se subieron al coche, y allí, inmersas en un profundo silencio, se fueron acercando a su destino. Estaban cerca, muy cerca, y en lo que a Naya le pareció un instante, Sara aparcó con su pequeño Renault,

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

y bajaron del coche. Entraron en el colegio y vieron una gran fila de niños de 9 años. Los había altos, bajos, delgados, gordos...Pero todos eran de raza blanca. Naya no estaba segura de querer ir, pero una niña bastante alta, de abundante y largo pelo rubio llamada Lara, le dijo si quería ir con ella. Naya se quedó muy sorprendida por el ofrecimiento y, sin dudarle, le dio un beso a Sara y se unió a la fila.

Lara le hacía preguntas y ella contestaba y viceversa. Naya se sorprendía más a cada instante que pasaba de lo fácil que era hablar con Lara. Ella le tenía “miedo” a la gente de raza blanca, pero al conocer a Lara se dio cuenta de que no tenía motivo para ello.

Cuando llegó la profesora, que se llamaba Ana, subieron al aula, que tenía vistas al océano Atlántico, y se presentaron. Cuando le llegó el turno a Naya, esta se levantó y empezó a hablar de su vida, de donde había nacido y como había llegado a La Coruña. La gente se quedaba pasmada con el relato de la niña. ¡Parecía una historia de cuento!

“Es sorprendente como esa niña de 9 años ha superado con decisión un ciclón, la separación de sus padres y la adaptación a un nuevo país” pensaba Ana, su tutora.

Naya seguía hablando, pero pasaba el tiempo. Al poco, o eso le parecía a todos, tocó el timbre que marcaba la salida al patio. Todos salieron contentos de los nuevos amigos que tenían.

Cuando llegaron al patio se pusieron a jugar todos juntos al pilla-pilla, todos como iguales, sin la importancia de la religión, sexo o raza.

Seis años más tarde

Naya está en el patio, con su mejor amiga Lara, hablando del primer día de clase, y del día que se conocieron. Naya le dio las gracias a Lara porque sabía que si no fuera por ella ahora no estaría feliz con sus amigos y Sara, una gran persona.



Autora: Paula Suárez Macías

TÍTULO

“TODOS SOMOS IGUALES”

Hola me llamo Sarah, y soy sudafricana. Cuando era muy pequeña mi familia emigró a Estados Unidos. A los cinco años, en la ciudad de Boston, empecé el colegio. Hacía apenas un año que vivía en la ciudad y para mí todo era muy distinto. Era demasiado pequeña y apenas me acordaba de mi país. En el colegio aprendí muchas cosas e hice muchos amigos, pero al cumplir los 12 años me mudé a Filadelfia. No me sentía muy feliz por el hecho de abandonar todo lo que durante 7 años había sido mi vida, pero sabía que en Filadelfia, mi padre había conseguido un trabajo mejor.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

Se acababa el verano y llegó el primer día de colegio. En mi nueva ciudad se entraba una hora antes al instituto, por lo que me levanté a las 6:30. A las siete y diez minutos, mi hermana y yo cogimos nuestras mochilas y salimos de casa despidiéndonos de nuestros padres. Como el instituto nuevo estaba a un par de manzanas de casa, decidimos no coger el bus, e ir andando. A mitad de camino, mi hermana mayor se paró en seco y se detuvo frente a un centro comercial. Cuando reaccioné, ella me dijo que ese día no iría al colegio. Mi hermana tenía tres años más que yo, y nunca le gustó demasiado ir al colegio. Mis padres lo sabían y sus profesores también, pero por más remedios que le buscaban, ella seguía sin querer ir a clase. Aunque mis padres nunca me lo dijeron. Yo creo que esa fue una de las mayores razones por las que mis padres tuvieron que tomar la decisión de mudarse a otra ciudad.

Llegué a clase y creo que por primera vez entendí a mi hermana, no sé porqué. De repente, vi a 21 niños más que eran iguales a mi pero a la vez diferentes. Éramos de raza diferente, pero yo me imaginé que eso no supondría ningún problema puesto que en mi antiguo colegio no había tenido ni una sola burla hacia mi color. En mi clase había dos grupos de personas claramente visibles. Por un lado estaban un grupo de chicos altos y fuertes y con ellos una serie de chicas que de entrada me parecieron muy guapas, entre ellas una era sudafricana igual que yo, por lo que pensé que seríamos muy buenas amigas.

Pero mi primera idea pegó un giro radical cuando ella y sus amigas me miraron de reojo, y no dedicaron más tiempo que ese en conocerme antes de reirse y comentar entre ellas lo feos que eran mis zapatos. Me acerqué al grupo y les dije: ¿Tenéis algún problema con mis zapatos? Porque si lo tenéis decídmelo a la cara. Otro grupo de chicas, que estaban en el pasillo hablando, se empezaron a reir y se me acercaron. Se presentaron diciendo sus nombres y me apuntaron sus números de teléfono por sí necesitaba algo. Eran siete chicas, se llamaban: Sandra, Ana, Cristina, María, Elena, Lucía y la última se llamaba Nuria. Una vez sentadas, me explicaron que las chicas que habían insultado mi forma de vestir eran las animadoras del instituto, y se creían muy importantes por el hecho de criticar a todo el mundo. Me explicaron que las jefas del grupo eran dos: Rocío y la que era

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

de mi misma nacionalidad y que se llamaba Alicia. Me dijeron que cuando era pequeña fue adoptada por una familia rica y ahora mismo está muy consentida. Me dijeron que tuviese cuidado, porque como no le hiciese caso en lo que me mandase, me haría la vida imposible.

A la una y media tocó el timbre y de camino a casa me encontré a mi hermana que se había pasado toda la mañana en el centro de la ciudad. Me dijo que había conocido a unas chicas y que como iban a nuestro mismo instituto, había decidido retomar las clases. Yo no le presté demasiada atención pues me había quedado pensando en Alicia, mi compañera de clase; tenía la impresión de que algo malo me estaba a punto de ocurrir.

Pasaron los días, mi hermana estaba entusiasmada con sus nuevas amigas y sus resultados empezaron a mejorar. Mientras tanto, yo caminaba con miedo por los pasillos.

El miedo se debía a las amenazas que Alicia me mandaba todos los días. En poco tiempo, me había convertido en su objeto de burlas.

Sin darme cuenta los meses fueron pasando y llegó el mes de enero, en mi instituto se celebraba el día de la paz y tuvimos que escribir en un papel un motivo para este día, es decir, lo que pretendíamos poder conseguir en esa fecha. Yo, por querer, querría llevarme bien con todos mis compañeros y que no me insultasen ni se riesen de mí.

Pero, para mi sorpresa, en el acto de la paz no estaba Alicia y entonces me enteré de que la madre adoptiva de Alicia había muerto. En ese momento, aunque no conozco ni a la madre ni me llevo digamos bien con la hija, sentí en el fondo tristeza porque no me gustaría que a mi madre le pasase lo mismo que a la madre de Alicia, y además hay una frase que dice que lo que no quieras para ti no lo quieras para los demás...

Unos días más tarde me decidí y fui a visitar a Alicia, estaba muy distinta puesto que estuvo hablando conmigo todo la tarde, esa fue la segunda vez que pensé que tal vez llegaríamos a ser muy buenas amigas. Y de hecho lo fuimos. Unas semanas más tarde Alicia se rompió el brazo por lo que tuvo

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

que dejar de ser una animadora. Ahora en lugar de ir a entrenar, los viernes por la tarde nos vamos juntas al centro comercial.

Ahora sé que a las personas hay que juzgarlas con el paso del tiempo. También he aprendido que a las personas hay que juzgarlas por lo que son y no por lo que los demás puedan pensar u opinar sobre ellas.



Autora: Inés Martínez Lorenzo

TÍTULO

“CADA DÍA UNA HISTORIA”

Al fin ese sonido que tanto adoro. Ese que si todavía no has sonreído te hará hacerlo por primera vez en el día. Al fin toca el timbre para salir al recreo. Puede sonar a tópico, pero para mí el recreo representa libertad después de tres largas horas de clase. Es algo que deseo con toda mi alma, y aunque parezca de niños pequeños, para mí es de lo mejor que hay, igual que el acurrucarse en el sofá en una tarde de pleno invierno, o que el desayunar chocolate con churros cuando hace frío. Fue, es y será siempre la parte favorita del día del estudiante, tengan seis o quince años, a todos les hace feliz un recreo.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

Y será por recreos vividos en mi vida, pero siempre quiero que llegue porque cada uno es diferente. No podría, ni aunque quisiese, contar todo lo que he hecho durante esos apreciados veinticinco minutos a lo largo de toda mi vida. He reído con mis amigas, llorado por exámenes imposibles y discutido por cosas importantes, y por otras que no lo eran tanto. Me he indignado con los profesores, enfadado, aburrido, pero también divertido, y ¡cuánto!

Podría incluso hacer un libro contando todas las historias que han pasado a lo largo del tiempo en nuestro propio patio del colegio. Hay quien dice que hubo una vez un chico de 3º de B.U.P. que se escapó en un recreo a la playa de enfrente de nuestro colegio para hacer surf, y que cuando volvió y la profesora le preguntó por qué estaba mojado no hizo otra cosa que responder que estaba sudando debido a los nervios del examen que tenía a la hora siguiente. Es todo un mito. Que existiera o no, eso nunca se sabrá, pero desde luego aquel supuesto chico será recordado siempre como un héroe por haber conseguido escaparse del colegio durante el recreo.

Y como ésta mil historias más. Y yo soy afortunada de tener las mías propias, unas más interesantes que otras, pero todas geniales. Recuerdo una perfectamente que pasó hace dos años: “ Era una mañana fría y oscura de invierno, incluso daba pereza moverse de clase por el frío que hacía. Mis amigas y yo bajábamos al recreo con nuestros abrigos abrochados hasta arriba, la bufanda y los guantes. Parecía un día normal, como otro cualquiera, pero no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir durante los veinticinco minutos siguientes. Ignoraba que mi vida iba a cambiar totalmente.

Mis amigas Clara, Sofía y Teresa se comportaban conmigo como cualquier otro día hasta que salimos del baño.

-¿Podemos hablar contigo, María?- me dijo Teresa con cara seria.

-Sí claro, ¿hay algún problema?

-Bueno, uno no, unos cuantos.-dijo Clara levantando la voz.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

No tenía ni idea de a qué se referían, pero empezaba a preocuparme.

-¿Pero qué pasa? – les pregunté desconcertada.

-Pues pasa que ya nos hemos cansado. Que te aceptamos como amiga cuando viniste con nosotras porque nos dabas pena, pero que ya estamos hartas.- dijo Sofía con un tono chulesco.

No me podía creer lo que estaba oyendo. Es cierto que no estábamos juntas desde siempre, que me había hecho su amiga en cuarto de primaria, pero para mí eran como de toda la vida y pensé que yo para ellas también, pero al parecer me equivocaba, y no sabía cuánto.

-Ninguna te consideramos lo suficiente amiga nuestra como para confiar en ti y no podemos seguir mintiéndote.- continuó diciendo Clara.

-O sea, que no queremos ser más tus amigas.-acabó diciendo Teresa.

No dije nada, no me salían las palabras. Me había quedado paralizada. A las que consideraba mis mejores amigas me acababan de echar del grupo, no me lo podía creer.

No lo pude evitar, las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos y a descender por mis mejillas. Salí corriendo y me metí en un baño y comencé a llorar como nunca había llorado antes. Al cabo de unos minutos oigo que alguien llama a la puerta del baño en el que estoy metida.

-María, ¿eres tú? ¿estás bien?-preguntaba alguien desde fuera.

Reconozco inmediatamente la voz. Es Natalia. Nos conocíamos desde la guardería y habíamos sido muy amigas de pequeñas, pero durante los primeros años de primaria nos habíamos dejado de llevar. De todas maneras siempre habíamos mantenido una relación y nos llevábamos bien aunque no fuésemos amigas íntimas.

Le abro la puerta. Veo que fija la mirada en mis ojos llorosos.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

-¿Qué te pasa? ¿Estás bien?-vuelve a preguntar.

Sin quererlo, rompo otra vez a llorar. Natalia me abraza.

-Tranquila. A ver, ¿qué pasó?

-¿Que qué pasó? Pasó que las que eran mis mejores amigas me han dicho que ya no lo son, más bien, que nunca lo fueron, que estaban conmigo por pena. Yo no puedo, te lo juro, me quiero morir.

-¿En serio? Escúchame María, si te han dicho eso es porque verdaderamente son estúpidas y no saben valorarte. Mira, te han hecho un favor, porque para tener amigas como esas mejor no tenerlas. Y no llores por ellas porque no valen la pena, ¿me escuchas? Tú vales mucho más que esas tres.

Sus palabras me tranquilizan y me hacen sentir mejor, en parte tiene razón, no eran mis amigas aunque yo creyese que sí. Y mejor darme cuenta ahora.

-Gracias...De verdad...-le dije aún llorosa.

-No tienes que dármelas. –me dice sonriendo.

-No, en serio, tú siempre estás ahí, aunque no seamos grandes amigas.

-Y siempre voy a estar ahí, sabes que puedes estar con nosotras, ¿no? No te vas a quedar sola porque esas tres te hayan echado de su grupito.

-En serio, Natalia, muchas gracias.

Me volvió a abrazar y justo en ese momento tocó la sirena. Subimos juntas a clase”.

Puede parecer un recuerdo triste, uno de mis peores recreos, pero no, no lo es. De hecho es uno de los mejores. Aquella mañana de invierno descubrí lo que significaba realmente una verdadera amistad. Fue el

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

comienzo de una larga relación con las que ahora son mis amigas y siempre lo serán. Guardo los libros en el pupitre y cojo el abrigo.

-Natalia, espérame que ya voy.- le digo mientras me pongo el abrigo.

-Ya te estaba esperando -me dice sonriendo.

Bajamos las escaleras hasta llegar al patio.

La gente sonrío, y aunque el primer motivo de esta felicidad parece ser que las vacaciones de Navidad ya están cerca, yo sé que realmente es porque al fin están en el recreo.

A mí me espera uno nuevo en el que no se sabe que pasará, porque cada recreo es una nueva pequeña historia.



Autora: María Carracedo Añón

TÍTULO

“SIN TI”

Cerró la puerta; intentó hacerlo despacio, con calma, pero no pudo, simplemente pegó un portazo y escapó corriendo, no sabía a donde, lo único que quería hacer era escapar. Dentro de 5 minutos tenía clase, pero en esos momentos, eso era lo que menos le importaba.

Su reacción podría resultar exagerada, y mucho, pero desde hace unos meses solía ocurrir a menudo, sobre todo cuando salía del despacho del loquero, o como a ellos les gustaba llamarlo sutilmente, aunque a ella le seguía sonando fatal, el psicólogo.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

El pasillo del colegio era largo, pero por desgracia, no era interminable. Cuando llegó al final, tenía la posibilidad de girar a la derecha y seguir corriendo, pero no lo hizo. Se sentó en el suelo y comenzó a llorar ¿Cómo era posible que después de tanto tiempo siguiera reaccionando de la misma manera? Tenía esa sensación de agobio y algo... no sabía como definirlo, era algo que le oprimía por dentro y que tenía que sacarlo, y sentía la necesidad de escapar de todo lo que le rodeaba, porque cada sitio, cada pasillo y cada baldosa del suelo eran como un puñetazo en la cara, como recordarle que hubo un tiempo en el que recorrió todos esos lugares con él, pero que eso no volvería a ocurrir ¡Jamás!

Se quedó allí, inmóvil, el tiempo pasaba y las agujas del reloj parecían moverse a una velocidad sorprendente, pero ella seguía allí. Sus piernas le pesaban y su cuerpo no paraba de temblar. Su estómago estaba encogido y tenía ganas de vomitar, y su cara, llena de lágrimas teñidas de negro, se había convertido en un puesto de manchas rojas.

Sus sollozos se vieron interrumpidos por el sonido del teléfono, no le apetecía mirar, pero aún así, lo hizo. Era un sms, corto y escueto: Alii, ven a la salida del colegio y hablamos, que llevamos todo el día sin vernos.

Alicia resopló, últimamente era lo único que hacía, suspirar y resoplar, como si de una costumbre se tratase. Su aspecto era desastroso y su estado de ánimo era aún peor y para colmo, lo que menos necesitaba en ese momento, era la alegría y felicidad de Irene.

Llegar hasta la salida le llevó su tiempo, su andar era lento y costoso, y para colmo comenzó a llover.

Cuando llegó no había casi nadie, la mayoría de la gente se había ido para casa o se habían quedado en los soportales del patio. Su vista no era la mejor de todas, no usaba lentillas y las gafas se las había olvidado en clase, pero casi podía jugarse el cuello a que Irene no estaba.

Tras unos minutos de búsqueda fallida decidió rendirse y como no le apetecía seguir bajo la lluvia, sacó el paraguas y... se paró en seco. Por un

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

momento pensó haber visto su cazadora negra y su pelo rubio, por un momento su corazón se paró.

Tardó unos segundos en recomponerse, juraría que era él. A ver, era una idea de locos, claro estaba que si el volviera ni de broma estaría rondando por el colegio, pero... ¿y si el sms de Irene tiene algo que ver? ¿Y si ha vuelto? ¿Y si...? ¡Para! Deja de pensar en él, es una locura... Se obligó a abrir el paraguas, guardar los libros en la mochila, secarse las lágrimas y andar hacía su casa.

Apenas llevaba unos metros recorridos cuando oyó que alguien la llamaba:

- Alicia...

La lluvia caía con fuerza y los coches que pasaban hacían mucho ruido, pero aun así... era su voz, imposible olvidarla, era como si aún la hubiera escuchado ayer... era dulce y suave y transmitía confianza, pero después de tanto tiempo había cambiado aunque no lo suficiente para dejar de reconocerla.

El tiempo se paró; es como si alguien le hubiera dado al stop en una película, y en medio de la pantalla allí estaban ellos dos, Alicia de espaldas, y él, detrás suya, a escasos metros, pero era un abismo, un océano que los separaba, un mar lleno de emociones, recuerdos y hechos que se juntaban creando la triste e inaceptable realidad.

Alicia quería rebobinar, volver a atrás, olvidar el último minuto y que esto no hubiese sucedido. Había imaginado volver a verlo, imaginaba tenerlo otra vez con él, a su lado, pero de ahí a que sucediese... había muchos porqués sin resolver, sin solución, que la habían atormentado durante los últimos meses. Y lo peor de todo, se había hecho a la idea, había aceptado que no volvería y poco a poco lo fue sacando de su vida. No iba a negar que seguía sufriendo y lo pasaba mal cuando tenía que hablar con el psicólogo sobre él, pero había mejorado, había avanzado y ahora ahí estaba, a unos metros, y lo único que quería era girarse, acercarse y pegarle un bofetón, uno tan grande que se acordara del día en el que

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

había nacido, pero no era capaz ni de eso; el miedo se había apoderado de ella, era una sensación de puro terror, porque sabía que si lo volvía a mirar, a ver esos preciosos ojos que nunca olvidaría, todo lo avanzado en estos meses, no serviría para nada.

Alicia quería seguir su camino, pero sabía que era una locura, necesitaba respuestas, necesitaba saber cómo estaba, qué le había pasado, si había estado bien: lo necesitaba a él.

Se dio la vuelta, lo hizo con lentitud, retrasando el momento. Su cabeza estaba gacha, no tenía la suficiente fuerza para mirarlo a la cara. En cambio, miró a sus tenis; se acordaba de ellos, eran las converse verdes que siempre llevaba, recordó cuando llevaba los tenis de la misma marca pero en color blanco, y siempre se las pisaba, porque sabía que le hacía enfadar; le encantaba cuando fruncía el ceño y se hacía el indignado y ella no podía hacer otra cosa que reír, reír y agarrarse la barriga porque le dolía de tanto reír. Eran esos pequeños detalles, esos gestos, los que hacían que su pérdida hubiera sido tan dura, tan difícil, casi imposible de olvidar.

- Alicia...- el volvió a pronunciar su nombre y se acercó un poco más a ella. Alicia no se movió, siguió inmóvil, mirando hacía abajo- Por favor... dime algo...

Fueron esas dos frases, esas dos frases las que hicieron saltar a Alicia, darle la fuerza necesaria para afrontar la situación: - ¿Algo? ¿Quieres que te diga algo? No tienes derecho a estar aquí, no después de lo que hiciste. ¡DESAPARECISTE! Lo único que hiciste fue dejar una carta y de un día para otro coger un avión e irte a un internado a no sé dónde. Durante todo este tiempo no he sabido como estabas, y he pasado todo esto sola. ¿Qué hay de todas las promesas que me hiciste? Todas esas cosas que me dijiste desde que éramos unos enanos ¿Acaso te has olvidado de todo eso? Eres...eres un cobarde, un auténtico cobarde, y no te mereces nada.

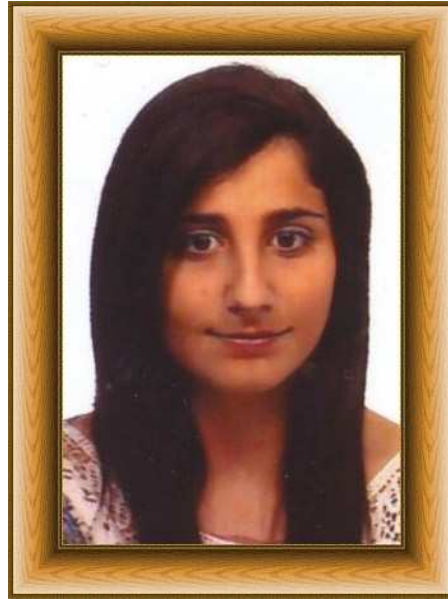
- Te he echado de menos y he vuelto ¿te parece poco? – Su tono de voz era chulo y lo peor de todo es que se creía que tenía razón.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

- No es tan fácil, por ser rico y tener la posibilidad de marcharte a un internado y volver cuando te de la gana, no tienes el derecho de tratar así a la gente y no puedes hacer como si nada hubiera pasado – Alicia nunca había estado tan enfadada.

Cogió su mochila, la abrió, buscó en la agenda y sacó un folio en el que había redactado unas breves líneas: ¿Por qué? ¿Por qué te has ido? No te despediste, solo dejaste una nota y un vacío inmenso, el mundo se derrumba, me acuerdo de todo, las largas conversaciones por teléfono, las tardes de los sábados, tu inteligencia y mi ignorancia... ¡¿Dónde estás?! Necesito gritar, gritarle al mundo lo que te añoro, lo que te hecho de menos, lo imprescindible que eres para mí... y aún así me callo. Te quiero odiar, pero no puedo, te quiero y te necesito. Vuelve por favor.

Alicia leyó la carta en voz alta y al terminar dijo: -Te la habría mandado, pero no sabía a donde. Desapareciste. Y no quiero que vuelvas. Lo siento, pero en mi vida ya no hay espacio para ti, no después de todo lo que he pasado por olvidarte. Te quiero, Sebastián, te quiero mucho, pero esto termina aquí, de una vez por todas. - Alicia dio la vuelta y empezó a caminar; tenía una sensación en el cuerpo, una sensación de felicidad, una sensación que hacía mucho tiempo que no sentía.



Autora: Sofía Fernández Seijas

TÍTULO

“UNA SORPRESA INESPERADA”

Hola, mi nombre es Ariana. Sea quien sea el que esté leyendo esto, ojalá le sirva de ayuda en algún momento de su vida... porque ese momento siempre llega, de una forma u otra.

Desde que tengo uso de razón, mi vida ha sido como la de cualquier otra chica de 15 años: salía con mis amigas, ayudaba en casa de vez en cuando, en los estudios no me iba mal... pero como todos sabemos, ésta es la edad del “despertar” por así decirlo. Sí, me refiero a la adolescencia, la transición de la infancia a la madurez y aunque no lo parezca, una época de muchos cambios, tanto físicos como mentales. También empezamos a relacionarnos con la gente de nuestra edad, haciendo más de un amigo y

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

puede que algún ``enemigo``. Podríamos decir que es solo una etapa que dura apenas unos pocos años en la vida de cada uno, sin embargo, todas las decisiones que hayas tomado en ese tiempo, tendrán sus consecuencias buenas o malas, para acabar convirtiéndote en la persona que llegarás a ser algún día.

Era el verano de mis 15 años: sol, playa y por supuesto mucho tiempo libre. Las posibilidades eran lo que atraía a cualquier persona de mi edad a probar cosas nuevas, arriesgarse y vivir experiencias inolvidables. Por mi parte, como cualquier chica, conocí al que sería poco después mi novio. Se llamaba Iván, era un chico simpático, atento, guapo... absolutamente perfecto. Él iba a mi mismo instituto y aunque era tres años mayor que yo, nunca me importó, estaba enamorada de la idea del amor. Iván hacía que me sintiera única y querida, mis amigas al principio se asustaron por la diferencia de edad, pero con el tiempo cambiaron de parecer.

Todo era perfecto, era feliz... muy feliz. Durante los 6 primeros meses me sentí como si flotara en una nube, como si nada ni nadie pudiera romper la burbuja de dicha que se había formado a mi alrededor... fue entonces cuando la presión apareció de forma inevitable. Iván y yo nos queríamos más que nunca pero nuestros propios amigos, cada uno por su lado, empezaron a preguntarnos cosas del estilo de: ``¿Aún no lo habéis hecho?``, ``Ya va siendo hora.``, ``Si no lo quiere hacer es porque no te quiere.`` Aunque al principio empezaron como simples anécdotas sin importancia, la cosa fue cada vez a más. Yo aún no me sentía preparada, es más, no lo estaba ni lo más mínimo y sin embargo el asunto empezó a rondarme la cabeza: que si todo el mundo lo hacía, que si me estaba volviendo una estrecha... Sin embargo tenía dudas y miedo, mucho miedo; pero de una forma u otra, ocurrió. Y aquello cambió mi vida para siempre.

Un día en clase, empecé a sentirme mareada y con nauseas durante toda la mañana, hasta que en la hora del recreo me acerqué a la enfermería con una amiga para que me dieran algo. Casi no podía tenerme en pie, seguramente había comido algo en mal estado y la enfermera, muy amablemente, me dijo que me tumbara en una de las camillas y permaneciera allí el resto de la mañana, para ver si mi estado mejoraba. Así lo hice, lo que pareció funcionar ya que un par de horas después me sentí con fuerzas para volver a casa sin ningún problema, le di las gracias a la enfermera y me dispuse a irme. Esta me sugirió que me pasara por allí

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

al día siguiente si volvía a encontrarme mal, lo que sencillamente sucedió. No le había dicho nada a mis padres, para no preocuparles ni mucho menos a Iván, pero la mujer que me atendía insistió en hacer algunas pruebas para asegurarse de que no era nada grave, lo cual me inquietó y mucho.

Pocos días después de aquello estaba en clase cuando Rocío, la enfermera, le pidió a mi profesora si podía salir un momento. Cuando me dispuse a ello, pude sentir como las miradas de mis compañeros se clavaban en mi nuca, a lo que no le di importancia y crucé la puerta para encontrarme con la mujer. Ésta simplemente me pidió que fuera a la enfermería esa misma tarde para hablar de los resultados, pero que necesitaba que Iván estuviera presente. Yo no le había comentado nada sobre mi pequeño desfallecimiento, pero igualmente accedí.

Al terminar la jornada escolar, Iván estaba esperándome a la salida y con cierto nerviosismo nos encaminamos a la enfermería mientras yo le resumía lo que había ocurrido. La verdad es que él me escuchó hasta el final e intentó tranquilizarme, diciendo que lo peor ya había pasado y que para la próxima se lo contara. Me alegré de oír aquellas palabras de ánimo y de esa forma, juntos, avanzamos hasta la enfermería para comprobar los resultados de las pruebas y con un poco de suerte, deshacerme del nudo que empezaba a formarse en la boca de mí estomago. Cuando llegamos, la mujer nos miró respectivamente con una mezcla de seriedad y pena al mismo tiempo; yo inmediatamente me puse tensa e Iván lo notó, por lo que fue él quien se aventuró a preguntarle a Rocío por mis análisis. Ésta nos ofreció asiento y, a continuación, nos entregó lo que parecía ser un documento oficial. Al parecer... había dado positivo en la prueba de embarazo. Tanto Iván como yo nos quedamos congelados en el sitio, no podía ser verdad... ¿me lo estaba diciendo en serio, o era alguna especie de broma pesada? Desgraciadamente, no. Un silencio incómodo envolvía la habitación, mi compañero inmediatamente me miró para ver mi reacción, ante la innegable sensación de culpabilidad y preocupación que este transmitía. Yo simplemente me quedé ahí sentada con la mirada perdida, incapaz de articular palabra alguna ¿Cómo se suponía que debía sentirme? ¿Triste, enfadada, desilusionada, aterrada...? La verdad, puede que fuera un poco de todo.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

Los días que se sucedieron a éste fueron muy confusos, totalmente alejados de la realidad... de la cómoda y finita realidad que había sido mi vida hasta el momento. La reacción de mis padres, los de Iván e incluso nuestras amistades más cercanas... Todo era diferente ahora.

Pronto se nos presentaron las pocas opciones entre las cuales, tendríamos que elegir: aborto, adopción... e incluso la posibilidad de asumir la responsabilidad de criar al niño que estaba en camino. La primera opción parecía ser la más rápida y aparentemente, recomendada en un caso de embarazo adolescente. La propuesta era tentadora y sin embargo, a pesar de todo lo que aquello supondría tanto para nosotros como para nuestras familias... Tanto Iván como yo decidimos tener a nuestro hijo. Él estaba asustado y yo también, mucho y a pesar de las dudas y las complicaciones futuras que estaban por venir, estábamos dispuestos a afrontar todo eso y más, juntos.

Los días, las semanas y los meses fueron transcurriendo muy lentamente. En ese tiempo, a medida que el bebé crecía, la relación con mis padres también. Al contrario de lo que yo esperaba encontrarme después de que Rocío les contara lo sucedido, ellos me apoyaron en todo cuanto pudieron e incluso le dijeron a Iván que podía quedarse un tiempo en nuestra casa. Eso sí, con la condición de que me ayudara con el pequeño. De una forma u otra las cosas parecían estar yendo viento en popa, al menos por el momento. Sin embargo, no se podría decir lo mismo de mis amigas, o al menos, quienes yo creía que eran. En cuanto se enteraron de lo de mi embarazo, parecía como si una muralla nos hubiera separado. Ya no contestaban a mis llamadas y en clase apenas me dirigían la palabra, lo que hizo que las horas lectivas pasaran entre risitas y cuchicheos entre clase y clase, por parte de mis compañeros y de todo el instituto. Tanto en los pasillos, como en el patio todo el mundo se volvía en dirección a mi vientre, con miradas de burla, desaprobación e incluso asco. Fue entonces cuando no pude soportarlo más y aunque Iván intentaba ayudarme por todos los medios, sencillamente era demasiado. Así, a los cinco meses, decidimos junto con mis padres que lo mejor sería terminar el curso desde casa; además estaba muy estresada en aquellos momentos y aquello no le hacía ningún bien a nuestro hijo. Lo único que podía hacer entonces era esperar y esperar... hasta que, por fin, llegó el día.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

Era de noche, seguramente alrededor de la una de la madrugada o puede que más, no lo recuerdo con exactitud. Me desperté sintiéndome bastante incómoda, al notar como algo húmedo bajaba por mis piernas... ``Dios mío...`` pensé alarmada. Estaba a punto de ocurrir... después de todo ese tiempo, el momento había llegado. Llamé a mis padres quienes, nerviosos y emocionados, se dispusieron a preparar el coche y una pequeña bolsa con ropa, para dirigirnos cuanto antes al hospital. Una vez allí, las contracciones que al principio habían sido solo una pequeña molestia, empezaron a incrementarse y a ser cada vez más frecuentes. Me tumbaron en una camilla y no tardaron en ponerme la epidural, sin la cual no creo que hubiera sido capaz de soportar lo que estaba por venir. Al poco llegó Iván, quien se apresuró a sentarse a mi lado para después, besarme con urgencia y abrazarme mientras me susurraba palabras de ánimo al oído. Era muy afortunada de tener alguien como él apoyándome, pensé en todo lo que habíamos vivido juntos... los momentos buenos, los malos... las infinitas tardes de aquel primer verano, cargadas de risas involuntarias, de miradas tímidas, de pequeños detalles día tras día...

A partir de entonces, todo sucedió muy rápido, la habitación se llenó de médicos y enfermeras quienes se dispusieron a ayudarme a traer a mi hijo al mundo. Cuando quise darme cuenta, el pequeño ya se encontraba entre mis brazos, una fina capa de cabello castaño claro, que apenas le cubría parte de su diminuta cabeza, me recordó en cierto modo al mío... por otra parte, los ojos entrecerrados de la criatura brillaban con el color esmeralda que tanto caracterizaba a su padre. Nunca hubiera podido imaginar como algo tan pequeño e indefenso pudiera haber ocasionado todo aquello. Sabía que no iba a ser fácil y nunca lo fue, sin embargo no me arrepiento de mi decisión, únicamente hubiera preferido tenerlo algo más adelante. No obstante...¿Qué podía esperarse de aquella pequeña y dulce sorpresa inesperada?



Autora: Ana Delgado Prada

TÍTULO

“Y DE REPENTE, EL RECUERDO”

Aquí estoy, sentada a la espera de ser llamada para una entrevista de trabajo. Son las nueve de la mañana, me restan treinta minutos de tensa espera. La sala es fría, impersonal. Las paredes son de tono beige. En una de ellas cuelga un cuadro que evoca la plaza de un pueblo con un puesto de castañas y personas a la espera de recibir un cartucho de manos de un hombre de pelo gris con boina. Contrasta de forma significada con el resto de la estancia. Una mesa baja de cristal donde se acumulan unos periódicos y un florero de cristal con media docena de rosas. En línea cinco sillas de patas metálicas, rectas. A mi lado, unas cristaleras amplias desde donde se divisa la ciudad y su ajetreo a esta

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

hora del día. La vista es amplia, estamos en el piso veintiuno. Nada más, estoy sola. La persona que me recibió ha desaparecido tras la puerta que tengo enfrente. De forma cortés, pero muy estricta me dijo “siéntese, la llamaremos a la hora concertada”. Una placa destaca en la puerta de roble, “Recursos Humanos”.

Eso es todo, tras años de estudios, ilusiones, esfuerzos, anhelos, un grado y dos másters, aquí estoy, sola y a la espera. Para no temblar, pienso en la tarde previa, cuando sentada en el parque, para evitar los nervios leí la poesía de D. Antonio, de D. Antonio Machado. Y la recito de memoria: “Una tarde parda y fría / de invierno. Los colegiales /estudian. Monotonía/ de lluvia tras los cristales. / Es la clase “. Y de repente, el recuerdo. De forma súbita me he trasladado a mis primeros años de clase. Ahí está D^a Ángeles, mi maestra. Esa persona sencilla, de pelo moreno, lacio, en media melena. Entre los cuarenta y cincuenta años. Cuidada, tierna, tan próxima. No nos daba ni una sola voz. Si hablábamos, nos miraba, enarcaba las cejas y nos decía “niños, niños”. Y era magia, todos callábamos. Éramos sus niños y nos conocía por nuestro nombre. Sabía que decir a cada uno y según como pronunciase nuestro nombre entendíamos el mensaje. Así, “Miguelillo, Miguelillo” describía a Miguel tras hacer una trastada. “Muy bien Miguel” es que había realizado una tarea, una acción de forma adecuada. Ella decía que una cosa no era lo mismo hacerla de forma adecuada a que fuese correcta. Estoy segura que ninguno la entendíamos pero lo decía D^a Ángeles y todos pensábamos que debía de ser muy importante. Digo D^a Ángeles y no sé por qué, siempre la llamamos Ángeles o al menos para mí, ese era su nombre. Y a ese nombre van asociados mis recuerdos colegiales. Las primeras operaciones matemáticas, los primeros ríos, las primeras maravillosas palabras van, en lo más recóndito, ligadas a esa época.

El día se iniciaba con mis padres despertándome y ese momento era maravilloso, a pesar de la lluvia, el frío o el calor sofocante, iba al colegio. Un día por delante, lleno de expectativas y sorpresas. Atravesar los jardines y llegar a la puerta del colegio, de los primeros, ¡bueno era mi padre con la puntualidad! El timbre y correr a guardar la cola. Allí estaban Jaime con sus gafas, Marta con la cestita donde su madre le ponía unas galletitas para comerlas en el recreo, Alberto, Albertito que se sonrojaba

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

con tanta facilidad cuando me miraba. O quizás era que yo me ponía más roja que él. Y tantos más, pero esos éramos los más madrugadores.

Ángeles nos contaba alguna novedad nada más vernos en el patio. Sabía si faltaba alguno o si habíamos dormido bien y mientras subíamos por la escalera, a cada uno nos dedicaba un comentario, un gesto de cariño, de ternura. Por eso teníamos ganas de ir allí, de oírla y de sentir su mano pasar por nuestras cabezas. Todos escuchábamos, embobados, cuando nos leía un párrafo de un libro o nos describía que era un cometa. También al recitar una poesía de Gloria Fuertes o al practicar la tabla del tres.

Me surge la foto que nos hicimos en infantil. Todos rodeando a nuestra maestra. Ella con la cabeza ladeada, con esa modestia del que sabe y no precisa decirlo, ni mucho menos demostrarlo.

Un día mi padre, por la tarde, al ir a buscarme al colegio me preguntó qué tal me lo pasaba. Le hablé de mi maestra, de sus enseñanzas, de los libros que tenía, allí al alcance de todos, de los colores que quería que utilizásemos para dar rienda suelta a nuestra naturaleza de artistas noveles.

Él me escuchó con tranquilidad, con infinita pausa y me cogió la mano, se agachó y me miró con mucha intensidad. Me dijo “¿sabes que cosas valora como más importantes un ser humano?”. Yo, apreté la boca, me chupé las mejillas, puse cara interesante y solté “mi maestra”. Me quedé sorprendida al ver como su cabeza se movía de arriba abajo para dar como cierta mi apasionada respuesta. A la vez le oí decir: “ tu primera maestra, tu primer amigo, tu primer jefe”.

Aquello que me resulto difícil de entender, lo he ido perfilando con el paso del tiempo y así he acopiado muchas maestras en infantil, en secundaria, en el bachillerato y en la universidad. A ellas les debo gran parte de lo que soy. Han fomentado mi ingenio y respondido a millones de cuestiones que me han surgido. Han seguido vidas paralelas a mis amigos. Ambos con características especiales en cada momento, en cada faceta con sus defectos y virtudes. Amigos y maestros, inseparables, tan necesarios que son insustituibles.

II CONCURSO LITERARIO DON BOSCO

¿Cómo será mi primer jefe?. No lo sé. No puedo imaginarlo. Pero será difícil que supere a mi primera maestra, a Ángeles.

Se ha abierto la puerta y me invitan a pasar. De repente, cesa el recuerdo, vuelvo a la realidad.